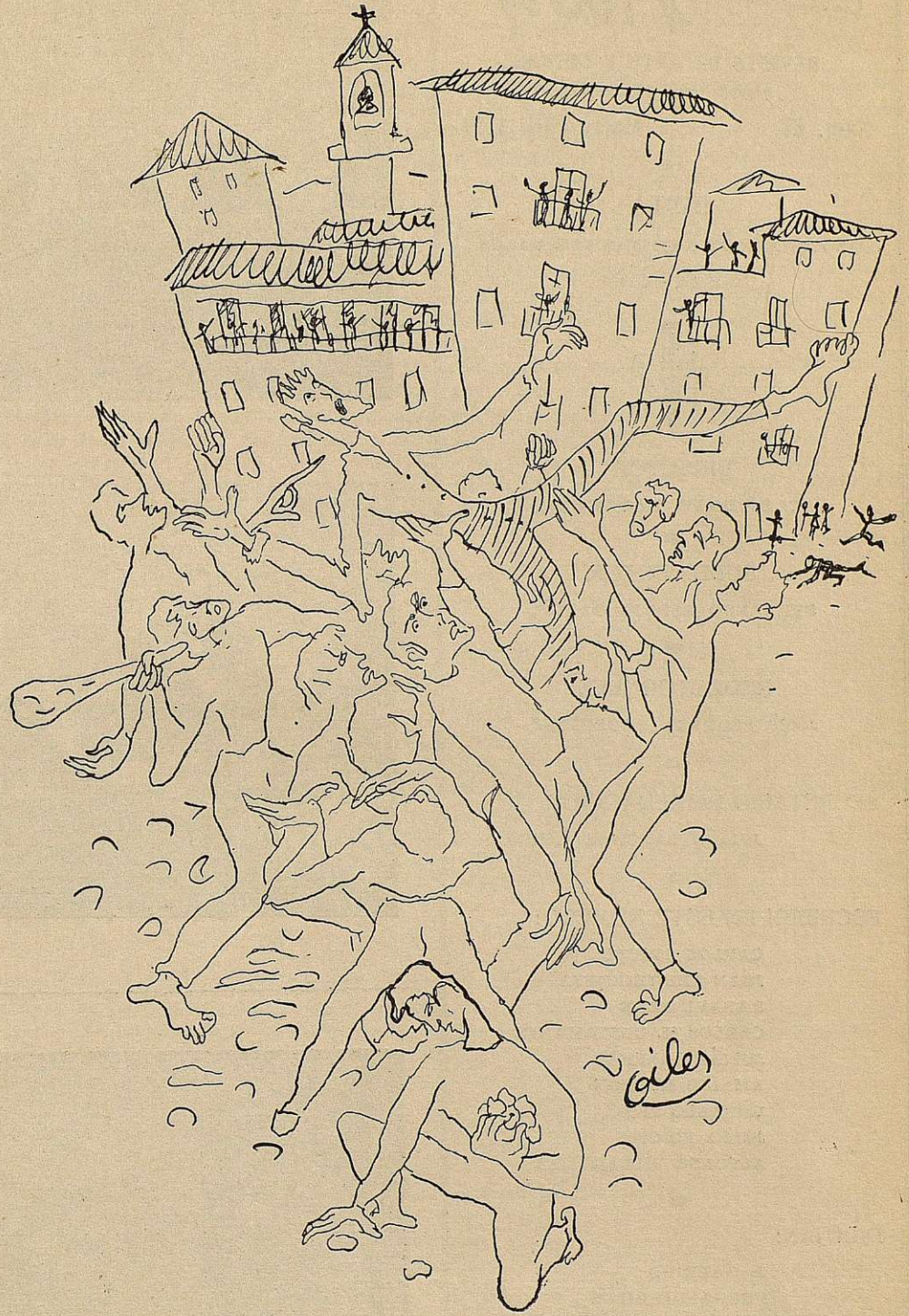


N.º 68

MARZO - ABRIL - 1959



ayer y hoy

ayer y hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 68

Marzo-Abril 1959

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

FERNANDO ESPEJO GARCÍA

REDACTOR-JEFE

JOSÉ PEDRAZA RODRÍGUEZ

SECRETARIO DE REDACCIÓN

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

CARLOS ARICEL

JEAN ARISTEGUIETA

RAFAEL BRUN

CARLOS H. BUSTAMANTE

JULIÁN LANCHAS

AMALIO MONZÓN

GONZALO PAYO

JULIO PORRES

ALFONSO VILLAGÓMEZ

DIBUJAN:

J. GARRIDO

FERNANDO GILES

R. GÓMEZ MENOR

C. GUERRERO MALAGÓN

MANUEL S. LUDEÑA

ANTONIO MORAGÓN

MANUEL ROMERO

POESÍAS ORIGINALES DE

FERNANDO CAPITAINE

SANDALIO DE CASTRO

JOSÉ MARÍA GÁLVEZ

MANUEL PACHECO

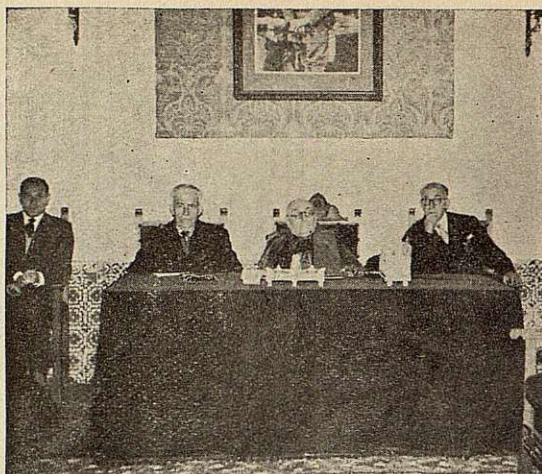
RAFAEL PALMA

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO

ACTIVIDAD CULTURAL

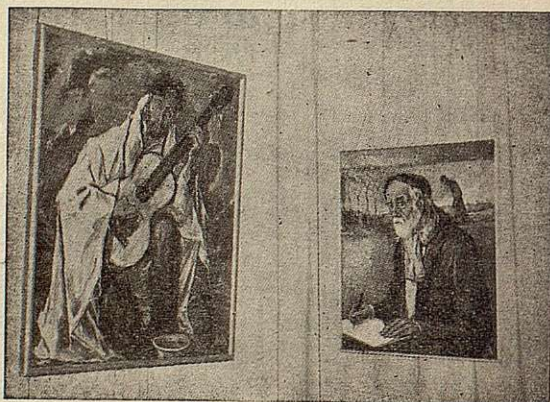


Ingreso de D. Fernando Jiménez de Gregorio en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

← Presidencia que ocupaba el Rvdo. Sr. Cardenal Primado Dr. D. Enrique Pla y Deniel; Ilmo. Sr. don Luis Veloso, Presidente de la Audiencia, y don Julio Pascual, Presidente de la Academia.



← D. Fernando Jiménez de Gregorio leyendo su discurso de recepción «Toledo a mediados del siglo XVIII».



Exposición de Guerrero Malagón en el Instituto de Cultura Hispánica, Madrid.



Dos aspectos de las salas

ESQUEMA POETICO PARA EL LIBERTADOR

Por JEAN ARISTEGUIETA

A ILEANA ESPINEL

I

Le escribo en la ciudad —cuna de su señal terrena—, bajo la advocación la fe. ¿Cómo dibujar su perfil de héroe, su visitación a la gloria, fuego del albedrío?

24 de Julio de 1783. Caracas, origen de su tránsito, espesura en donde se cumple la profecía de la esperanza: Aquí nació Simón Bolívar, único en su resplandor de libertad, único en su genialidad de renuncia, de aspiración sobrenatural, de sanguínea lucidez que araña en ese vacío aterrador que es la independencia.

Simón Bolívar, ¿por qué siempre que describo la irisada embriaguez de tu signo me tiembla el corazón como un relámpago?

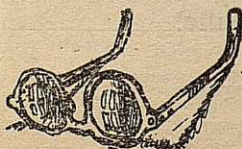
¡Oh planta americana de potestad sobre el vaticinio! Cuanto más reniegan de tu quimera más invicta queda tu señal que se debate en la eternidad y el sacrificio. Cuanto más enjuriado eres más real es tu heredad sin vallas. ¡Oh pureza de laurel consumido!

II

Debo trazar un esquema de tu existencia, pero las palabras son vertiginosas cuando se relacionan a tu ascendencia, a tu huracán, a tu soledad. ¿Por dónde comenzar con ilusión si tu historia ilumina como vertiente solar, si tu pasión está desposeída de murallas como la lluvia y como la poesía, como la noche y como la poesía, como el amor y como la poesía?

III

Oigo gritar al viento en medio del silencio nocturno, oigo su tenacidad desafiante, pero de fe al mismo tiempo. Y pienso en tu soledad delirante. Después el viento se aleja en busca de otros caminos. Entonces pienso en la época de



tu juventud, en tu cristal de los días apacibles de la Colonia, cuando jardines y libros se unían en parábola sutil. Joven con la frente anticipada ya por la sed del ideal, inicias el aprendizaje de la nobleza, no la pueril nobleza de los linajes familiares, sino en las teorías de Rousseau, en las doctrinas enciclopédicas.

Hay esclavos que rinden la jornada de la desolación sometida inútilmente frente a los campos, frente a las ciudades aldeanas. La vida agrícola y coloquial de las familias no te hace otro efecto que el de una melancolía casi sardónica. A merced de los días monótonos pasa la arena del reloj.

Sin embargo, tu cerebro ya germina en inquietud y te adivino precursor del desafío interior de tu propia grandeza. Eres la juventud en vigilia. Eres la sombra que se proyecta hacia la luz. Eres Simón Bolívar, samán joven de una provincia que se llama Venezuela y que amas apasionadamente en el dolor de los esclavos, en esa íntima clausura que aletea en tu alma.

IV

María Teresa, española, será cristalino amor, terrible muerte después. Has ido, vuelves a Europa, esta vez abatido y confuso, con la imaginación ardiente y los pensamientos ávidos de otros horizontes que están más lejos del amor. Entonces hablas para el tiempo desde el Monte Sacro (te acompaña Simón Rodríguez, nuevo Robinson, maestro de tu mocedad y ahora nervio de tu inquietud), recorres las antiguas-perennes civilizaciones occidentales. Ya desde entonces tu ideal quijotesco parece grabado en roca: libértaras a las naciones oprimidas.

Oh Simón Bolívar, ¡quién te escuchara las altas las precisas palabras! Capitán de hazañas no cumplidas todavía. Sin embargo, deparas la belleza amarga de la verdad.

V

Acudes a la cita con asombro. Las maravillas caronarán tu cabeza pura hasta consumarse el acto de Caracas, en 1813, en que recibes el título de LIBERTADOR, el único que te hace falta.

¿Cómo repetir línea a línea ese descabellado caudal de tus batallas de guerra, de tus batallas de paz? Conquistas la velocidad del frenesí, dialogas con los Andes. En el orinoco brota de tu mente el llamante Mensaje de Angostura, lo trazaste acomodado sobre calaveras de ganado, en otros momentos, montado en el bongo primitivo que corta los caños del río de ríos venezolano.

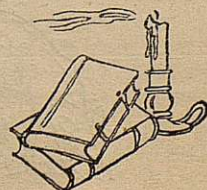
Pero la guerra es cruel. Tienes que ordenar inflexiblemente o perecería la República. La Guerra a Muerte es justiciera en medio de su violencia. Hay derrotas, traiciones, destrucción. Y junto con todo esto está la fe de tu pecho libre. Impartes fe como si las derrotas no fueran sino desechos. Y así es. En medio de las inmolaciones aparecen los héroes compañeros. Guerrilleros, lanceros, marinos, doctores, estrategas, cada uno emula al otro en pos de la gloria que les prometías en tus discursos.

Padre, Padre, ¿cómo pueden negarte, cómo? Si de tu raíz vibra para siempre el resplandor de la patria. Si de tu mensaje la libertad se nutre, la grandeza persiste.

VI

Nieves, visiones, desastres, sequías, perdones, discursos, amores —Manuelita Sáenz en el volcán de tu sangre, de tu conciencia—, triunfos, reivindicaciones, en torno a tu destino crece el vasto rumor de las horas. Eres el afortunado entre los ardores de la libertad, eres Don Quijote resucitado en nuestras latitudes, eres la llama inagotable de la vida que no se somete al yugo, que sabe defenderse de las alimañas.

Tu patrimonio exige la totalidad de la patria, pasión que duele, germen que transfigura todos los sinsabores, corona de pasión. Simón Bolívar, Libertador de cuanto se debate en las tinieblas, fulgor de americana intrepidez, libertad desgarrada, pero invicta.



CERROS

*Esos cerros de Castilla
De expresión petrificada,
Esas calvas hieráticas
Por los ciernos azotadas,
Esa guardia formidable
En su pose incommovible
De teólogos profundos,
De psicólogos que saben
La maraña del que mira...,
Esos cerros tienen vida,
Una vida detenida para siempre
En un gesto permanente
Del espíritu en el Tiempo;
Esos cerros de Castilla
Que dominan con su trágica grandeza
Todo el vasto panorama de la Historia
Y que observan impasibles en cucullas
Con pupilas de intención desconocida...*

FERNANDO CAPITAINÉ

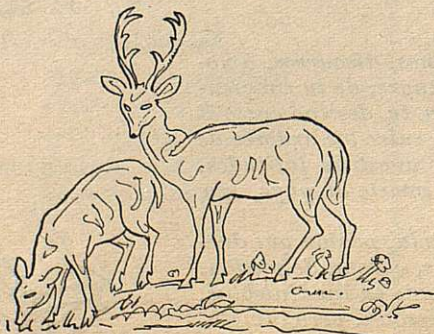
A LA VIRGEN DEL VALLE

PILLUELOS

*Pilluelos!
Sois seres sin alma
y sois un todo de alma sin contornos.*

*Sois reyes de la esencia,
filósofos en ciernes,
príncipes de la existencia.*

*En vuestras caras de hambre
se adivina plenitud,
y si os clavarón sus garras
microbios y enfermedades
sonreís sin perturbaros,
porque si al cuerpo llegaron
vuestro espíritu insensible
se duerme sin estridencias
en diálogo con el sol.*



¡Qué bonito está el Valle!
¡Qué aromas lleva...
¡Qué contenta la Virgen
de Primavera!

.....
Sube el viento la brisa
de la ribera,
y en sus alas perfuman
las azucenas.
La tonada vibrante
de lejos llega:
«... a la Virgen del Valle,
que es la más buena,
yo le cuento rezando
todas mis penas».

.....
Y las mozas alegres,
—risas de perlas—
van tejiendo mantones
con sus ofrendas:
—Yo le llevo cantares.
—Yo el alma entera.
—Yo la flor de mis años;
y tú, ¿qué llevas?
—Yo no tengo ya nada,
yo soy muy vieja;
pero tanto la quiero
que voy por verla...

.....
¡Qué bonito está el Valle!
¡Qué aromas lleva...
¡Qué contenta la Virgen
de Primavera!

JOSÉ M.^a GÁLVEZ

UN PROYECTO OLVIDADO

IV

Por JULIO PORRES (1)

Por él nos enteramos de que motivaron el nuevo proyecto graves dificultades en el abastecimiento de Madrid de leña, carbón y grano en 1753 y 1754, que hicieron se esquilmasen los alrededores de la Villa y causaron el temor de tener que trasladar la Corte a otro lugar, cuyo remedio pensó buscar el buen Alcalde de Casa y Corte mediante una red de ríos navegables con centro en la misma Capital, y por cuya causa se estudió, no como navegación del Tajo en sí, sino como tentáculos fluviales que partían de Madrid y alcanzaban a Talavera por un extremo y por el otro a tres leguas del nacimiento del Tajo y Guadiela, previniéndose la «fácil» continuación desde estos dos puntos al Júcar y por él al Mediterráneo.

Elevada una exposición al Rey con tales antecedentes y el extraordinario plano (de Obra Histórico-hidrográfica-corográfica califican al conjunto), éste encomendó su examen al Conde de Aranda y varios Ingenieros, dictándose una Real Cédula de 4 de Julio de 1756, aprobando la constitución de una Compañía por acciones, para reunir el capital previo, con derecho a los beneficios de la navegación y en la que la propia Hacienda Real aportaría 50.000 pesos «o más», para estimular con el ejemplo a los adinerados; para asegurar el apoyo a la obra y ofrecer como se hizo las providencias y auxilios que del Rey dependieran.

El presupuesto total fué calculado por los peritos en 72.231.000 reales, de los que ya decimos aportaba el Rey 50.000 pesos. Suponiendo que de las dos equivalencias del peso, bien como moneda imaginaria de 15 reales de vellón, o bien como onza de plata o peso duro, de 20 reales, sea ésta la apropiada, resulta de 3.615.000 pesos el total y, para disminuir la primera parte del capital necesario, se dividió la obra total en cinco Departamentos, de los que construirían primero el tramo El Pardo-Aranjuez y Aranjuez Bolarque, y si quedaban fondos, el de Aranjuez-Talavera; y a medida que estos tres Departamentos produjeran ingresos, se iniciarían los dos restantes, sin que por tanto se precisase de momento un capital superior a dos millones de pesos, según D. Carlos de Simón. De esta forma se calculaba que al terminar el segundo año desde la aportación del capital, se cobraría ya el rédito correspondiente al primero; al tercero, mucho más para el segundo, y en el 6.º año se vería terminada la obra, «entrando a disfrutar de la alhaja por entero». Fuente de ingresos futuros era el considerar la navegación y compañía como censo redimible, hipotecando la obra, enseres y acciones. El dividendo que se prometía (calculado «prudentemente» según se dice), era nada menos que el 27 por 100 en la obra total, y el 33,75 por 100 con sólo los tres primeros tramos. Las acciones serían de 500 pesos cada una.

Aparte del exagerado optimismo que, tanto económica como técnicamente, rezuma de los datos anteriores, o tal vez por él, es lo cierto que fué el proyecto mejor orientado, si tenemos en cuenta las dificultades de comunicación en aquella época y su finalidad, que esencialmente era apro-

visionar a Madrid de los productos de todo orden que, cada día en mayor cantidad, precisaba. No halló de momento buena acogida entre los capitalistas, pues el año siguiente editó las propuestas al Rey sobre 86 extremos del proyecto, aceptadas en su mayor parte, en forma de contrato sumamente favorable y participando la Hacienda Real permanentemente en la obra con tal de que el capital suscrito alcanzase un millón de pesos; propuesta-contrata firmada por... 42 accionistas, 21.000 pesos en total. Faltaba bastante hasta el millón, pese a la aprobación del, ya con fama de sabio, Padre Andrés Burriel, del Conde de Aranda y de los técnicos que hicieron o informaron el propósito. De factible lo calificaron todos; de inversión rentable y segura, sólo 42 valientes, Simón y el Rey.

V

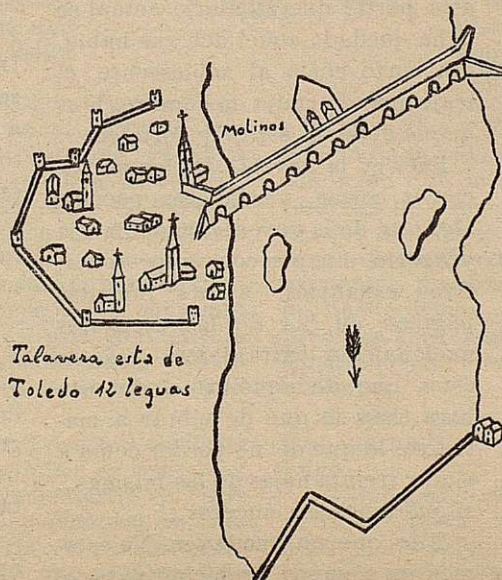
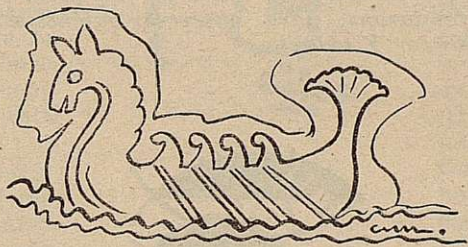
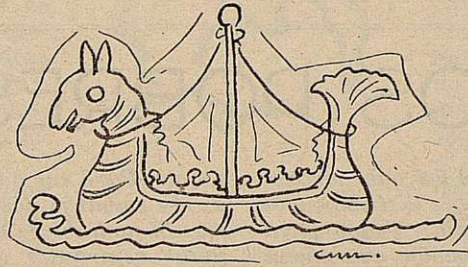
PROYECTO DE XAVIER DE CABANES.—Según él mismo nos relata en su interesante obra, editada en 1829 y principal fuente que hemos utilizado, mientras tomaba parte en las operaciones desarrolladas en Portugal (campañas de 1810 y 1811 contra Napoleón), a las órdenes del Marqués de la Romana, como Brigadier de Infantería que era por entonces, observó D. Francisco Xavier de Cabanes la incongruencia de que la navegación del Tajo no pasase de Alcántara, siendo así que el caudal, aguas arriba de esta ciudad, le parecía suficiente. Convencido de los efectos ventajosos que las vías de comunicación tienen sobre la prosperidad de una nación, y la notable falta de ellas en la nuestra, no sólo impulsó grandemente el servicio de diligencias (publicó una «Guía general de correos, postas y caminos del Reino», en 1830), sino que estudió la posible navegación fluvial, viajando por otros países para reconocer los canales y ríos aplicados a este fin, llegando a la conclusión de que la falta de ellos en número suficiente era una de las principales causas de la decadencia española.

Creó llegado el momento más favorable para establecerla, en virtud del reciente invento de la navegación a vapor, que permitía prescindir de los costosos caminos de sirga; por lo que se trasladó a Inglaterra, Francia y Países Bajos, a fin de estudiarla detenidamente, regresando convencido de su utilidad y economía y creyendo superadas las más importantes dificultades que hasta entonces pesaban sobre este medio de comunicación.

Al advertir, en un al parecer modesto tratado de matemáticas, una referencia a la «Relación» de Antonelli, consiguió movilizar los Archivos oficiales y reconstruir la historia del proyecto, sin duda gracias a su gran amistad con don Luis López Ballesteros, Secretario

de Estado de Fernando VII y del Despacho Universal de Hacienda. Le alentó aquél en sus proyectos y le apoyó todo lo posible; y desechando por costosa la construcción de canales, llegaron ambos a la conclusión de que había

(1) (Continuación)



que reemprender la obra de Antonelli lo antes posible. Consiguieron el beneplácito de Fernando VII; adoptaron el criterio de que este tipo de empresas habían de acometerse por particulares para obtener el mejor rendimiento («criterio anti-Renfe»), sin desechar la posible aportación de capital extranjero, y tras un nuevo reconocimiento del río desde el Puente Verde de Aranjuez hasta Lisboa, efectuado por el Arquitecto D. Agustín Marco Artu, consiguieron la aprobación del Gobierno de Portugal, firmándose un Tratado en 31 de Agosto de 1829, que otorgaba toda clase de facilidades a la navegación.

El proyecto coincidía sustancialmente con el de Briz y Simón, respetando 60 presas de las existentes, para escaalonar el río y disminuir el desnivel, dotándolas de compuertas. Utilizaría 40 barcos a vapor, con su remolque cada uno, capaces de transportar los 2.600.000 quintales de mercancías que se confiaba mover cada año, parte río arriba hasta Aranjuez y parte en sentido contrario, dotadas de máquinas de 20 CV, cuya estampa reproduce el Dr. Marañón en su obra «Elogio y nostalgia de Toledo».

(Continuará)

Me imagino la sorpresa, al leer el título, tanto del Director de la Revista como del posible lector. Pero tranquilicense, amigos. No voy a tratar de los que carecen de pan material. Quisiera divagar sobre la indigencia de gloria. La gloria. ¿Qué es la gloria? Tengo para mí que el ansia de alcanzarla es el motor que mueve al hombre a realizar obras gigantescas. Pues bien, de los que padecemos pobreza de gloria me sirvo para estas líneas.

Somos legión. Todo aquel que con una novela debajo del brazo va llamando angustiosamente a la puerta de los editores; el que día tras día intenta que ya que no se compren sus óleos, sus acuarelas, sean, al menos, conocidas de la crítica y del gran público; el que no logra ver cobrar vida a sus personajes en un escenario; los que hacen y ven morir esas «efímeras revistas de jóvenes que duran hasta que se van colgando —o casando— los que las fundaron», para decirlo con frase prestada por Unamuno. Y todavía más, mucho más.

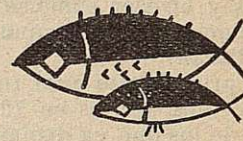
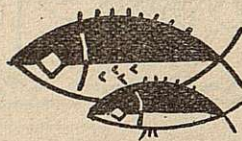
LOS POBRES

A nosotros, a los pobres, no falta quien, subido en su pedestal, nos desprecia. Nos escucha, quizá hasta nos sonríe. Para sus adentros piensa: «¡Pobre mentecato!». Y, sin embargo, los ricos lo son gracias a la indigencia. Si no hubiera en España cuatro o cinco mil personas aspirantes a disfrutar de la gloria literaria, ¿quién iba a leer a los consagrados?

Por otra parte, servimos de blanco muy bueno a la mesa. De chiflados nos motejan. No importa. La función del pobre artístico es imprescindible; mantenemos el clima de la cultura. Somos, como se dice ahora, la cantera. Los que llegan han pasado por nuestras filas, y las excepciones confirman la regla.

Pero el pobre nunca lo llega a ser total. Le queda, o nos queda, una riqueza: la esperanza. Porque en cuestiones artísticas nunca está dicha la última palabra. Los que hoy deslumbran, mañana palidecen. ¿Se puede aseverar quiénes serán los inmortales?

CARLOS H. BUSTAMANTE



REFLEJOS

Si la vida trae, por los sentidos, en su vertiginosa marcha actual, una multitud de ideas, es difícil escribir concretamente sobre un tema determinado. No hay tema que tratar por la superabundancia de ellos. Sigamos el ritmo del tiempo, y acomodemos nuestro paso a la intranscendencia de esta hora transcendente. Al fin y a la postre, hablar de que no hay asunto, ya es asunto. Por lo menos, para empezar.

No hay más que ver la prensa diaria. Doblar contra sencillo a que son muy escasos los desocupados que se leen un periódico íntegramente, como antes, cuando el sosiego y la calma del momento, permitían su lectura reposada y hasta la reflexión y su consecuencia, formando carácter. Esto, los desocupados, hoy. No digamos de aquellos que por su quehacer sólo se enteran de los acontecimientos del día, en visión cinematográfica, por los titu-

lares llamativos de las sucesivas informaciones. Bien es verdad, por otra parte, que al diario actual se le ha quedado aquel del que hablo, tan corto como al adolescente el traje cuando cuaja en hombre. Y es que el deporte estira y fortalece ..

Pues ¿y la novela? De las narraciones cortas, verdaderos poemas algunas, de la generación de Baroja y Azorín, citemos como representativos españoles, a las ingentes páginas de las de los escritores nacionales y extranjeros —más de éstos que de aquéllos—, de esta hora, hay lo que de vibrar a marearse, lo que de no perder coma a eludir treinta hojas de las mismas... si queremos ser sinceros...

Y es que no puede ser. No estamos en tiempos propicios para el arte y la literatura, se diga lo que se quiera. No digamos para la Poesía, en época de «ismos» estridentes y de existencialistas... Las necesi-

dades materiales se suceden, sin respiro, robándonos la libertad, origen de la mala fe y semilla de la desconfianza ambiente. La radio-difusión y los teledirigidos, han reducido las distancias y achicado el globo. El cine —que en su mayoría Dios confunda— atropella nuestra receptividad, deformándola, como a un cuerpo un camión de alto tonelaje... Y es innegable que para enriquecer el espíritu, para nutrirle y exaltarle, es necesaria la paz de fuera.. Yo, al menos, siento su nostalgia.

Ante tanto impedimento interior y tantas exteriores sugerencias, ante tanta inquietud, en suma, del hombre de ahora frente al mundo, ¿tiene algo de extraordinario que no haya de qué escribir y haya tanto de qué hablar?...

Que esto sea, para humanidad, óptimo o desastroso, eso... ¡ya lo veremos!

«CARLOS ARICEL»

Toledo, 1959

SARTRE Y EL EXISTENCIALISMO

Después de unos intentos de introducción como forma social del existencialismo entre nosotros, con actitudes y gestos fuera de lugar —ya que como doctrina había sido valorada por nuestros pensadores—, ha decaído en parte el furor que suscitaba este tema cuando se ponía sobre el tapete de las discusiones. La mayoría de las veces se enfocaba, podemos decirlo bien, cinematográficamente, en lo que tienen de anécdota y curiosidad las «caves» de Montmartre o Montparnasse; con sus soñadores barbudos, haraganes, invertidos, «apaches de postguerra» y vocalistas que cantan recitando.

El existencialismo no es una doctrina absolutamente moderna. El sistema Hiangkuo chino y el «tao» de Laotsé presentan puntos comunes con la doctrina existencial al concebir la «nada» como eje central del sistema.

Es con Kierkegaard donde la doctrina toma estructura, y es Hegel el que le da contenido ideológico esencial, no obstante haber sido repudiado en un principio como antecedente del existencialismo; pero Menéndez Pelayo y Merleau Ponty han puesto de manifiesto su pensamiento acorde con este sistema al darse cuenta de los puntos comunes que existían entre su concepción de la «inquietud» y la «angustia» de la teoría existencialista y al identificar el puro ser con la pura nada, que es a donde viene a desembocar al lado anticristiano de esta postura filosófica.

Dos son los principios del existencialismo: la subjetivización de todos los valores artísticos, estéticos, virtudes, etc., y el atribuir una enorme libertad al hombre, cada uno de los cuales responsable de sus propios actos, a diferencia de la postura de Dostoiewsky —«Los hermanos Karamazoff»— que establece la responsabilidad colectiva («todos somos responsables de todo»). En cambio, en el existencialismo, prácticamente, nadie responde de nada. Así la vida del hombre está dominada por la preocupación existencial; por «la angustia», «la náusea» de Sartre; de Camus en sus principios; de Jaspers, Ponty y Heidegger, de los que se apartará a Lukacs al concebir su filosofía marxista.

Concebido el destino ineludible del hombre, un ciego caminar hacia la muerte, que es la nada, lo único que importa para la realidad actual es la existencia. Frente a este modo de pensar se alza la postura católica de Gabriel Marcel; aunque no es del todo adecuado hablar de existencialismo católico, porque al católico no ha de preocuparle la angustia de la existencia presente, ya que para él la muerte no es terminar, sino comenzar la verdadera vida, la prometida por Cristo, para cuya consecución contamos con su sangre, vertida al redimirnos, y esto convierte la existencia, no en angustiosa, sino en esperanzadora —la esperanza de San Agustín que derrumba la angustia existencialista—.

Suele considerarse a Jean Paul Sartre como el capitoste de la doctrina existencial, aunque su labor es más bien literaria que estrictamente filosófica. Nació Sartre en París en 1905, estudió en su Escuela Normal, y comenzó su vida profesional enseñando Filosofía en Le Havre, pasando después al Lycée Condorcet hasta 1943, en que se dedicó de lleno a la Literatura. Sus primeros trabajos aparecen en la «Nouvelle Revue Française»: una serie de novelas cortas bajo el título de «El muro». Fué en plena guerra cuando empieza a dar forma a su teoría filosófica, que late plena en su obra «El ser y la nada», y en las piezas teatrales, «A puerta cerrada» y «Las moscas». Lo que empezó a

darle consideración intelectual fueron los tomos que publicó bajo el título de «Los caminos de la Libertad» (I.-«La edad de la razón»; II.-«El emplazamiento»; III.-«La muerte en el alma»). Si, como venimos manteniendo, no es el creador del existencialismo, hay que reconocer en su abono que a partir de este momento perfeccionó el sistema y le dió proyección intelectual y social. Sartre, sin dejar de trabajar en sus novelas, no abandonó nunca el Teatro, y, sucesivamente, fué dando a la escena «Muerte y sepultura», «La mujerzuela respetuosa», «Las manos sucias», «El diablo y Dios»; como todos los escritores modernos, no pudo resistir la tentación del cine.

Recientemente he leído dos guiones suyos publicados por Editorial Argentina: «El engranaje» y «La suerte está echada» («Les Jeux sont faits»), que fué llevada al cine bajo el título de «Cita con la muerte», película dirigida por Jean Delanoy e interpretada por Micheline Presle, Marcial Pagliero y Margarita Moreno.

Este último relato es una especie de novela-visión, desnuda de ambiente exterior, centrada sobre la vida de los dos protagonistas, Pierre y Eve, y sus andanzas al otro lado del telón de la muerte. La única diferencia que establece entre las vivos y los muertos, es que los primeros llevan una existencia activa, de prisa, como si tuvieran irremediables ganas de vivir la muerte, mientras que los segundos, que se mueven también por nuestras calles y plazas, caminan a la deriva, tristes, cohibidos, porque les falta existencia tangible.

A la puerta de las fronteras de la muerte, esperando a los que abandonan el mundo de los vivos, Sartre coloca a una matrona, que regenta una oficina auténticamente burocrática, con ficheros, archivos, reglamentos, y que dice a los que llegan:

—«Los muertos son absolutamente libres».

Al principio la novela es fría y tajante; luego va ganando, intensidad, al centrarse la acción sobre las ilusiones de los protagonistas. A pesar de los absurdos en que se apoya, hay que reconocer la tremenda originalidad del relato.

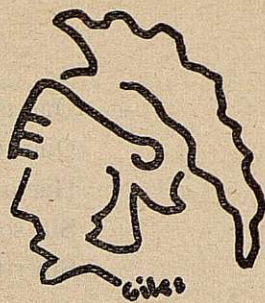
Por el artículo 140 de la Ley que rige el mundo de la negación, Eve y Pierre tienen la oportunidad de volver al mundo de la vida y continuar la existencia si cumplen la condición que se les impone: amarse durante 24 horas sin reservas ni desconfianza alguna. Pero ellos pierden esta ocasión al dedicarse a utilizar el plazo concedido en realizar y aprovecharse de los secretos, que con respecto a los existentes, descubrieron cuando estaban muertos; al morir de nuevo Pierre, a consecuencia de un atentado, se les precipita sin remisión alguna a su anterior mundo, a continuar siendo meros espectadores de los avatares de los vivos.

El otro guión, «El engranaje», viene a ser el proceso de un tirano por el pueblo que logra sacudirse su yugo.

Es innegable el ingenio de Sartre al crear situaciones y tramas fuera de lo corriente, pero su obra posee un defecto fundamental: el de que sus personajes son completamente artificiales; carecen de vida propia y son marionetas que el autor mueve a su capricho y de acuerdo siempre con sus doctrinas.

ALFONSO VILLAGOMEZ

Puebla de Trives, 1959.



NOCTURNO

Duerme, duerme,
Que durmiendo duermes tu delirio...,
Y la noche envuelve en su seno de velos
Las frágiles ansias de tu vida de ensueños...

Duerme, duerme,
Que durmiendo sentirás como un vértigo
Que te arrastra con fuerza intangible
Hacia un mundo lejano, sin ecos,
Sin sonos, sin ruidos, sin voces,
Sin ritmos, sin pulsos, sin tiempos...

Duerme, duerme,
Que una vez ya dormida, no piensas, no sientes,
No te sabes ni triste ni alegre,
Ni fuerte ni débil, ni fría ni ardiente,

Duerme, duerme,
Que durmiendo duermes tu universo
De anhelos, de lloros, de versos,
De risas, de angustias, de acentos...

Duerme, duerme,
Que durmiendo duermes tu delirio...
Y la noche te estrecha amorosa en su seno
De velos, de gasas, de sueños,
De flores, de brisas, de cielos...

Duerme, duerme..... DUERME

FERNANDO CAPITAINE

TE PERDI

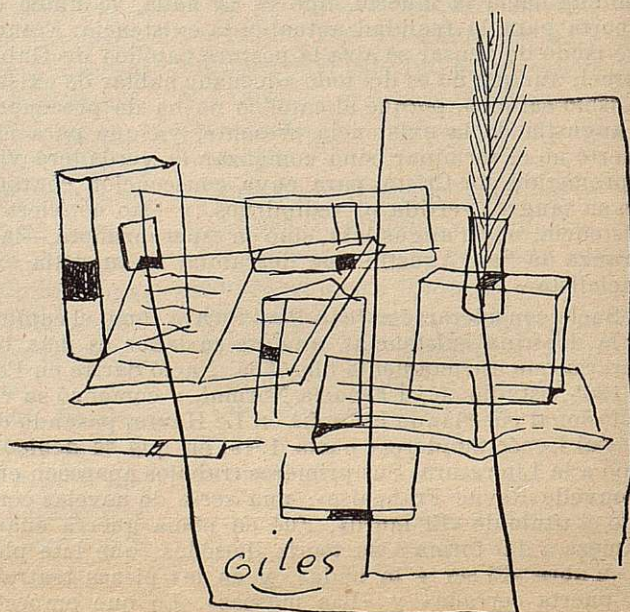
*Te perdí una noche verde
princesa de la inconsciencia
en el mar de mi cariño
y en playas de mi existencia.*

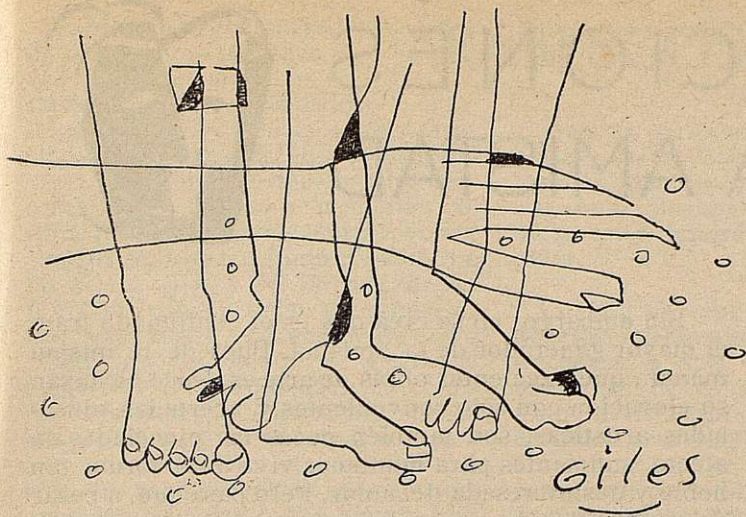
*Te perdí cuando jugabas
con los arroyos y el viento
y pintabas verdes olas
sobre un azul ceniciento.*

*Te perdí, y fui a buscarte
por caminos sin linderos,
pregunté por ti a las rosas
y a los viejos limoneros.*

*Te perdí una noche verde
y has aparecido luego,
en una tarde de Julio
y en la realidad de un beso.*

SANDALIO DE CASTRO





A mi amigo Julián Lanchas

Poetas,

el HOMBRE es lo que importa.

Vamos a poner vertical esta palabra.

La H es una torre

la O como un ojo inmenso mirando eternamente a la
[esperanza

la M es como el mundo que lleva entre los huesos,

la B como una bala disparada hacia el odio y el amor,

la R como un rayo buscando en las tinieblas la auro-
[ra del mañana,

la E como una espiga para el trigo del hijo.

Hombre así,

Vertical,

aunque lo metan en una jaula

y le saquen la voz y los ojos

y le arranquen la entraña.

Hombre así, Vertical,

aunque lo llenen de pústulas y lágrimas.

Hombre con el estómago hundido por el hambre,

con la cara abrasada por el sol de los campos

o el brillo de las máquinas.

Hombre de la oficina cegado por los números;

hombres de los andamios, de las minas y las fábricas.

Hombre como una nube de tormenta

sobre la yerba dulce de la mujer tendida.

Lo que importa es el hombre

porque si el hombre muere

se apagarán para siempre

las antorchas del Alba.

A UNA ROSA

Estaba tu brote en la tierra buena
Presentían las nubes tu venida
Presentía la arcilla tu partida
hacia los vientos, el sol, la colmena.

Empezaba a sentirte ya mi vena
y ansiaba verte mi alma amanecida.

Eras una nave en pronta partida
de los puertos oscuros de la Pena.

Por las tardes sería tu crecer,
con la sangre buena del sol amarillo,
cerca del agua que amansa el negrillo,
donde la luna acostumbra a beber.

Todo parecía ya tan sencillo...,
cuando, ROSA, ¡se te olvidó nacer!

ALFONSO VILLAGOMEZ

HOMBRE



DIVAGACIONES SOBRE LA AMISTAD



Nos ha visitado estos días nuestra buena amiga la Gripe, que como de costumbre nos recomienda breve reposo en cama y paciente resignación.

Resulta curioso cómo vuela la imaginación en estos estados fisiológicos anormales y la machacona insistencia con que ciertas impresiones o ciertos pensamientos acaparan nuestra atención excitados por la fiebre.

Por ejemplo, no sé por qué razón llevo todas estas horas barajando consideraciones sobre la amistad. Se me aparece este concepto como uno de los sentires importantes que hacen vibrar el espíritu de todo hombre. Es el contrapunto de la soledad.

La amistad o el amor de amigos es un amor específicamente definido que se superpone y prepondera a veces sobre otros amores aparentemente de mayor categoría, lo que hace frecuentemente necesitar en ciertos momentos que padres y cónyuges manifiesten este amor de amigos con preferencia a sus otros afectos naturales. ¡Qué solos hemos visto a veces a semejantes nuestros en momentos difíciles de su incipiente vida al fallarles el padre-amigo y encontrarse sólo al padre!

Tan gran altura tiene esta modalidad del amor, que hasta en su forma más mediocre: la amistad superficial, cumple la no pequeña función espiritual de suavizar de amabilidad el áspero engranaje de la convivencia social. Lo triste es que por causa de la misma elevación espiritual de este sentimiento, lo mismo que es muy grande la satisfacción que en nuestra alma produce esta amistad, es también impresionante el vacío que deja en ella un fracaso en estos afectos.

Una de las mayores tristezas que afronta el hombre es la primera vez que comprueba la existencia de seres humanos, que del mismo modo que si tuvieran una determinada ineptitud física, poseen la incapacidad moral de encariñarse con los demás, dejando resbalar en su insensible cobertura espiritual años de trato cordial y de convivencia. En su alma pequeñita sólo se grabó tu presencia como un objeto más de los muchos que cotidianamente intervienen en la vida, y que son necesarios, pero indiferentes.

Es cierto que el sentimiento puro de amistad exige una comunicación espiritual y de trato, que hoy día va quedándose confinada al estrecho círculo familiar, ya que con la actividad enfermiza con que ahora nos movemos no hay mucho tiempo para estos intercambios considerados altruistas.

Sin embargo, no se crea que es el continuado trato el mayor generador de la amistad. Pues de la misma manera que excelentes obras de arte escénico alcanzan su elevación con sólo convenientes y acertadas pinceladas artísticas, son también pocas las pinceladas de afecto, suficientes para mantener viva esta forma tan noble y desinteresada del amor. Pero pasa que, a pesar de su sencillez de mantenimiento, es difícil su primera instauración. Y cada día lo va resultando más. Y la causa que todos conocemos, puede condensarse en ese anticristiano latiguillo que dice «...cada uno va a lo suyo», que lamentablemente cada vez se va empleando con mayor acento de disculpa.

Consolemos a los generosos del amor que tan expuestos están a llevarse sinsabores y desengaños, haciéndoles meditar y que hagan suyas estas preciosas palabras con que termina un verso de un poeta toledano:

...y es que no sabes que las almas buenas
por expreso designio del Señor,
no piden recompensa cuando aman
que les basta su amor.

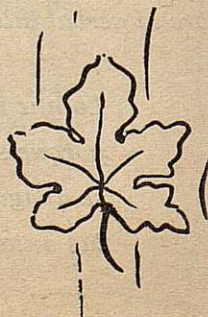
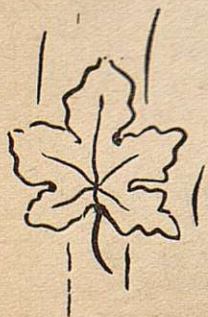
* * *

Es seguro que alguien que leyere las consideraciones que anteceden, dirá: Gran ingenuidad hablarnos ahora de un tema tan viejo como el diluvio, lamentando cosas que suceden desde tiempos de Adán.

A pesar de ello no creo baldío lo escrito, y vaya en mi disculpa la fiebre que le despoja a uno de esa dura energía en la que nos cobijamos y nos escudamos para el cotidiano bullir, y nos deja por tanto el ánimo dispuesto para hablar de cosas tan desusadas como el amor al prójimo.

Y digo esto por si algún jovencito siente en sí la noble efusión de este amor, que sepa que en correspondencia, a veces, recibirá la misma sensación espiritual del hielo que sentiría en su cuerpo si anduviese en bañador en las lejanas tierras de los esquimales, pero eleve el ánimo y siéntase pagado en su goce íntimo de sentir el bien.

GONZALO PAYO SUBIZA



ARABESCOS EN EL AIRE

Para cuando el número 68 de nuestra revista haya de ver la luz, ya tendremos volando y surcando los cielos toledanos, a los vencejos, esas aves migratorias que, entre las de paso, son las de más breve estancia entre nosotros, pues vienen a mediados de Abril para, después de anidar, volver con sus rastras por finales de Julio a las tierras cálidas del Oriente medio. A Toledo, como a todas las poblaciones antañonas, generalmente con viejas paredes llenas de grietas y agujeros vienen, estas aves, en cantidades ingentes, y cuando por mediados de Junio sus crías, tres o cuatro por pareja, reciben el bautismo del aire, no es hiperbólico afirmar que, entonces, al volar todas juntas, hay ocasiones en que producen fuertes sombreados en la luz solar.

Las especiales características del emplazamiento toledano en esta cumbre rocosa —nido de águila como le llamara Pérez Galdós— hacen que, mejor que en otros lugares, se les pueda observar en los fuertes desniveles de la ciudad, y desde los paseos altos, el Miradero, San Cristóbal, el Tránsito o la Virgen de Gracia, todos dando vista al Tajo, se ve el trezado de sus arabescos en el aire, y en esos días estivales de ventoleras fortísimas, parece como si todos se dieran cita para salir a volar voluptuosamente, y como en desafío a ese poderoso elemento, probar cuánta es la fuerza y poder de sus alas. ¿No os habeis fijado en ello? Es curioso observarlo. Se dice que la rapidez de su vuelo alcanza, en ocasiones, hasta los 200 km. por hora, aunque ahora ellos, unos de los más grandes dominadores del espacio, se sientan empujados y hasta avergonzados ante los modernos reactores que los 500 ó 600 los rebasan en vuelo normal.

Cuando en esos días les envuelve una violenta ráfaga de viento parece que, como dominados, vuelan a su impulso y merced, dando la sensación de que van a estrellarse contra una torre, en una cúpula, en la primera pared frontera, pero, pese a su fantástica velocidad, les basta un ligero movimiento del timón de su cola para frenar, casi en seco, aquel supersónico volar. Otras veces, al mismo tiempo, enarcan sus alas y en poderoso movimiento ascensional llegan a perderse de vista en la bóveda celeste. Después, las pliegan, y por la fuerza de la inercia, descienden a ritmo de fantasía y

en bandazos inverosímiles trazan, en el aire, las más audaces curvaturas, los más valientes y atrevidos arabescos, todo planeando, sin mover las alas, como lanzados por una catapultilla.

Cuando en esos tormentosos días del estío vuelan alto, sucede, como es frecuente, a una violenta racha de aire, otra de calma, y entonces al alzar la vista hacia el cobalto o añil del cielo, se ve el magnífico espectáculo de parecer que en aquel ha quedado como imprimada la belleza del calado de nuestras mantillas de Almagro o la estampación de una rejería diseñada por uno de nuestros soñadores orfebres.

En las calles estrechas donde tienen su morada han de atravesar la barrera de los varios tendidos de luz, teléfono y otros, siendo verdaderamente prodigioso y hasta casi providencial que a la velocidad que entran en los agujeros, que más que entrar parecen incrustarse, no se produzcan gran número de víctimas. En bastantes ocasiones nos hemos parado a observar este particular, siendo escalofriante verlos pasar a distancias milimetradas que las salvan con su aguda y privilegiada vista.

Cuando por mediados de Julio en uno de esos días calmosos y pesados del estío, se les ve con su casi mareante volar por las puertas catedralicias, por las que pasan rozando sus arcadas góticas, parece que lo hacen como aprendiendo a vencer dificultades, o en plan de divertimento o en signo reverencial hacia el edificio más representativo de la ciudad, y esto, que muchos toledanos han visto aunque no todos hayan captado, es un espectáculo, un bello espectáculo, que nos permitimos recomendar ya que a la par que es bello, es gratuito.

De pequeño pico, boca rasgada, cuerpo duro, macizo y escurredizo, de ala recortada, de plumaje pardo membranosa, fuerte, vigorosa y larga, hasta de 40 cm. de envergadura en algunos casos, estas aves dominadoras del aire, voladoras incansables, pues a excepción del descanso y la procreación, todo lo hacen volando; comen, beben y hasta buscan los materiales de sus nidos, pajas, semi-

llas, plumas, hilos y algodones, que aglutinan con su saliva; estas aves, decimos, que en los días estivales de

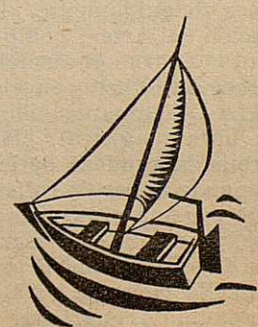
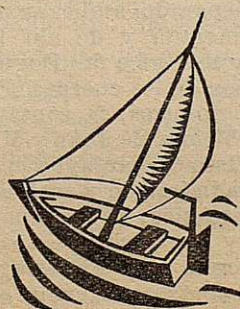
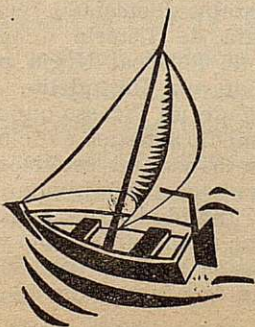
fuerte viento trezcan en el aire los más atrevidos arabescos, son grandes benefactoras de la agricultura y de la humanidad, porque sólo tienen por alimento los mosquitos, de los que engullen cantidades astronómicas, tanto, que en muchas ocasiones se ven obligadas a suspender sus vuelos para reposar en los nidos e ir digiriendo las amacizadas pelotas mosquiteriles que en los buches se les forma.

¡Y qué contraste! Estas aves tan enamoradas y prepotentes en el aire y tan burladoras del viento, cuando una circunstancia fortuita les obliga a aterrizar, quedan tan indefensas, que si es terreno llano y no encuentran desnivel, sus patas cortas y débiles junto a lo largo de sus alas, les impide revolar y remontarse, y en las más de las ocasiones, pagan con la vida su posar en la tierra.

Cuando dan comienzo los primeros calores y con ellos se desarrollan las larvas que tuvieron su gestación en la temporada invernal y las vivificó la primavera, cuando por mediados de Junio las tres o cuatro crías de sus nidos se les incorporan, al recibir el bautismo del aire y surcar con sus progenitores el espacio, forman tan nutridos y apiñados grupos que ensordecen con su agudo y estridente chirlear y ensombreciendo en ocasiones el sol, como decíamos antes, a velocidades de vértigo, se lanzan contra esas nubes de mosquitos que en los atardeceres nublan el horizonte, y a esas plagas les dan una, dos, veinte o cien pasadas que las merman, las diezman, las aniquilan. ¿Os dáis perfecta cuenta de lo que esto es, supone y representa?

Estas aves, que en cantidades asombrosas tan dadas son a venir a Toledo por sus especiales características, donde tan fácil les es anidar en torres, cúpulas, campanarios, iglesias, paredes conventuales y de antañones edificios, nos hacen bien, mucho bien; y cuando para Santiago se marchan, los mosquitos, por entonces, en las casas, abundan y pican más, y hay que recurrir al empleo de los mortíferos D. D. T. que nos preserven de tan ingratos y molestos huéspedes.

RAFAEL BRUN



CONSIDERACIONES ARTÍSTICAS

El arte es casi tan antiguo como el hombre. Ya el troglodita, en los largos períodos glaciares, estampaba en sus cavernas las bellas figuras de lo que entonces constituían sus actividades. Hasta la transición del siglo XIX al XX, podemos considerar al arte como un medio estético de expresión. En los tiempos prehistóricos era relista o mitológico. Después, y según avanzaba la civilización, el contenido artístico respondía fielmente a la inquietud espiritual de la época: Así era religioso, guerrero, teológico, social, amoroso, etcétera. Pero a principios de nuestro siglo se produce en el arte un trascendente movimiento perfectamente estudiado en el ensayo de Ortega «La Deshumanización del Arte» y que se caracteriza fundamentalmente por una revalorización del medio artístico hasta el punto de dejarle desprovisto de contenido, lo que equivale por tanto al principio de «El arte por el arte». Además ofrece una marcada tendencia deshumanizadora, esto es, la huida de todo motivo humano. En mi opinión, esta segunda faceta puede concebirse más como abstracción que como realidad y, por eso, al quererlo plasmar en realidades se dió un paso decisivo hacia el caos.

La corriente artística que siguió al intento deshumanizador es la que impera en nuestros días y coincide con la anterior en cuanto al principio esencial de «El arte por el arte», pero en cambio la belleza y los valores estéticos que tanto predominio adquirieron en aquel movimiento, quedan muy relajados en el actual, ya que estos valores, para el artista de hoy, poseen tan sólo una cierta relatividad. Una inclinación desenfadada por lo abstracto y un extremado subjetivismo, son las notas imperantes en la actualidad. Ante la contemplación de algunas obras de hoy, quería yo palpar el caos que entreabrió la corriente deshumanizadora anterior; ¿es que fuera del terreno de las abstracciones es posible la deshumanización? Pero dejemos estas consideraciones ya que tan sólo intentamos comentar ahora algunos aspectos del ensayo de Ortega, y desde luego quede constancia de nuestro respeto para toda manifestación artística, tanto de ayer como de hoy. Y con esto pasemos ya a nuestro estudio.

El filósofo Ortega, excelente escritor, irrumpe copiosamente en el campo del ensayo y a veces, en alguno de ellos, se aligera un poco de su cargamento filosófico.

Al leer detenidamente «La Deshumanización del Arte», comprendo con facilidad la enorme influencia que debió ejercer este librito en el gran público. «La Deshumanización del Arte» es una obra magistral, clarividente, de extremada agudeza óptica. Cuanto en ella pueda haber de sofisticado queda envuelto por una prosa firme, maciza, rotunda, y además está escrita por un hombre de extraordinario prestigio intelectual. Basta, pues, para obtener el éxito pretendido, enarbolar con dureza la fusta y herir en esa región tan

susceptible del hombre: su vanidad, su orgullo. Para Ortega y Gaset los no amantes o partidarios del arte que inicia nuestro siglo pertenecen a esa mesa aburguesada «incapaz de sacramentos artísticos, ciega y sorda a toda belleza pura».

Ante tan categórica afirmación es natural que quede el lector un poco aplomado. Sin embargo, nosotros, no sin temor, intentamos reaccionar y hasta discrepar. Y nuestra discrepancia, por muy osada que parezca, es desde luego de tipo fundamental.

Para nosotros, el arte es un medio; sublime, maravilloso, pero un medio, dotado ¡cómo no! de auténtica belleza en sí, ya que sin ella sería inútil todo intento artístico. Stokowski nos habla de la belleza que ofrecen los sonidos musicales como tales sonidos, sin un nexo o unión entre sí, v. gracia, cuando una orquesta afina sus instrumentos. Pero el logro pleno, definitivo, de una obra de arte consiste, precisamente, en la bella y concorde asociación de sonidos, palabras o colores hasta presentarnos, perfectamente expresado, un tema o motivo. El arte es por tanto, medio expresivo y, como tal, poderoso auxiliar de ideas, sentimientos, cosas. Si al arte le privamos de contenido y le concedemos a la vez un fin en sí mismo, habremos dislocado su misión.

Para Ortega y Gaset, en cambio, el continente y el contenido, por su completa distinción, deben ser disociados. Para él, ambas cosas necesitan acomodaciones oculares diferentes y, por tanto, si contemplamos una, no podremos ver la otra. Dice así: «Por lo tanto ver el jardín y ver el vidrio de la ventana son dos operaciones incompatibles; la una excluye a la otra. Del mismo modo, quien en la obra de arte busca el conmoverse con los destinos de Juan y María o de Tristán e Iseo y a ellos acomoda su percepción espiritual no verá la obra de arte». Y añade: «La mayoría de la gente es incapaz de acomodar su atención al vidrio y transparencia que es la obra de arte; en vez de esto, pasa al través de ella sin fijarse y va a revolcarse apasionadamente en la realidad humana que en la obra está aludida».

En nuestra opinión creemos modestamente que existe en el argumento un error de principio. En primer lugar, el continente y el contenido artístico vienen a ser algo así como la unión sustancial de alma y cuerpo. De no ser por un hecho milagroso, no pueden vivir por separado; ambos se necesitan y complementan y de ahí la razón filosófica y teológica del Dogma de la resurrección de los cuerpos. Pero además, para nosotros, la contemplación de los problemas de Juan y María o de Tristán e Iseo no excluyen en manera alguna la admiración y entusiasmo por el medio artístico. Es más, para poder convivir y «revolcarnos apasionadamente» (según frase de Ortega) en la realidad humana que en la obra está aludida, necesitamos la nobleza de la expresión artística. Si un problema

humano de honda trascendencia o patetismo es llevado a la ópera por un libretista deficiente o un músico no inspirado, o simplemente es interpretado con defectuosidad, entonces el problema humano, por sublime y grandioso que sea, no podrá ser vivido y compartido por nosotros. El vidrio tiene precisamente la misión de ofrecernos el jardín. Cuanto más límpida y luminosa sea la visión del jardín, más admiraremos y ensalzaremos la magnífica transparencia del cristal. Ahora bien, lo que no podremos realizar, sin grave pecado de dislocar las finalidades, es contemplar el vidrio por el vidrio. Este hecho, fuera de la cristalería de compra-venta, carecería de sentido.

Para Ortega y Gaset el arte romántico no produce efectos espirituales. Pongamos por ejemplo la Romanza en «fa» de Beethoven; ante lo que experimentamos por su audición, dice Ortega: «No es de orden espiritual. Es una repercusión mecánica como la dentera que produce el roce de un cuchillo sobre un cristal. El romántico caza con reclamo; se aprovecha inhonestamente del celo del pájaro para incrustar en él los perdigones de sus notas». Propugna, pues, un arte tan depurado que produzca exclusivamente movimientos espirituales, esto es, simplicísimos, cosa que consideramos nosotros absolutamente imposible. La imposibilidad del arte puro radica precisamente en la íntima naturaleza del artista y del perceptor del arte: El hombre. La compleja constitución humana no permite sensaciones simples, desligadas y desconectadas del resto de sus componentes. Esfuerzos más denodados que los del artista moderno han sido ya realizados por místicos y ascetas para lograr esa simplicidad en el amor a Dios o en sus actos morales. Esfuerzo inútil. Por eso, resulta más eficaz en los avances del espíritu la sabia combinación de los heterogéneos ingredientes humanos. No en balde decía San Agustín: «El que reza cantando reza dos veces».

Y esta viene a ser la misma razón que imposibilita la deshumanización del arte o de cualquier otra actividad humana. El pintor, el músico, el poeta en sus más felices momentos de creación o interpretación no dejan de ser hombres. Podrán lograrse posiblemente impresiones nuevas, cambios de matices, sensaciones sorprendentes, pero siempre serán sin duda variaciones sobre un mismo tema. Huir de lo humano sin dejar de ser humano no puede realizarse sin incurrir en extravagancia.

Y concluyamos: Reconocemos con Ortega que, efectivamente, el arte de la última centuria y principios de nuestro siglo estaba demasiado recargado de Sociología, de Historia, de pasiones humanas, de Política. Urgía, pues, la aparición de un Pirandello, de un Stravinsky, de un Picasso que revalorizasen el medio artístico e incluso que exagerasen los valores estéticos. Pero de eso a trastocar definitivamente las esenciales finalidades de cada cosa, creemos que media un abismo y cuantos intentos se realicen para salvarle, presentarán una fuerte raíz de importancia.

Jesús SANTOS

Un hombre extraordinario

—¿Por qué te empeñas en anticiparte a la vida?; deberías pedir al Señor las llaves de tu infancia para evitar esos destinos oscuros y vacilantes que nos pueblan de alarmas y de dudas; ser adulto es un privilegio común que autoriza al ser humano penetrar en geografías sociales, donde hombres de índoles desconocidas se mueven sujetos a sus condiciones; la conciencia general es ingravida y el corazón calculador. La libertad no existe, el hombre arrastra en su codicia las cadenas.

Yo no llegaba a comprenderle, mas sus palabras difíciles y brillantes llenaban mi alma de una triste y cálida emoción, contagiada por su acento alterado y doloroso. Iba a casa a diario, parecía formar parte en la familia; entonces, yo siempre me acercaba a su lado y me subía a sus rodillas, acariciándome paternalmente, con su risa apagada y bondadosa, mientras describíame viajes a países fabulosos que él visitara en su adolescencia.

Su muerte fué la gran obsesión de mi pasado; la sonrisa florecía en sus labios como propaganda de su íntima felicidad; acaso yo no supe vislumbrar en ella el dramatismo de su causa. Cuando registro ahora, sumergida en los almacenes del recuerdo, aparecen esas imágenes abstractas de sus fantásticas narraciones: aquellos mares del Sur con pecas de islas misteriosas; las populosas ciudades yanquis, cual colmenas de muchedumbres, dispersas en el mundo sugestivo de su oración sedimentada de hondas experiencias, de ávidas esencias y de maravillosas policromías; panoramas y costumbres edificados en la proverbial elocuencia que constituía y acreditaba su personalidad singular.

Yo agradecía siempre las pródigas atenciones que me dedicaba su espíritu generoso, experimentando un extraño sentimiento hacia él, que su presencia continua, iba incrementando cada vez más; era una abstracción poderosa, susceptible al corazón y violenta a mi púber mentalidad. Después sabría otorgar nombre a la cándida sensación de mis sentimientos pretéritos.

Eran las siete en punto de la tarde, yo solía adelantarme un minuto de su llegada, encendía las luces del corredor y su sombra se introducía deformada por la ranura de la puerta, como empujada por el ruido que

hacían sus zapatos sobre la madera de los peldaños; cuando colocaba el índice sobre el orificio del timbre, yo abría la puerta atendiendo a una ley del corazón.

—Ya está esperándome mi Gisela —me decía siempre, empujándome por el pelo, con sus dedos surtidos de candor. Al sentarse a jugar la partida de ajedrez me tendía el sombrero que yo, coquetamente, colocaba sobre mis trenzas sin dejarle de sonreír,

hasta cubrir mis ojos, evitando contemplar, de este modo, el benévolo gesto que provocaba en él mi aparatosa actitud. En los naipes era desgraciado; yo observaba contrita su faz incendiada de ginebra, mientras el humo, como un gas lacrimógeno, arañaba el vidrio de mis pupilas, ascendía con vertical indolencia de los cilindros dormidos en los ceniceros repujados y se enredaba en sus dedos confiados como lombrices acerbadas atando su suerte a la baraja; ansiaba su victoria, y comunicaba a su oído el repertorio de ases que el «angel del jugador» atribuía a abuelo y a papá; otras veces ponía a su servicio las cartas hurtadas con sigilo de las bazas anteriores y mis artimañas eran denunciadas por su in-

sobornable dignidad. A todos, excepto a mamá, solía hacer gracia mi oscura educación.

—Eres una indiscreta, Margarita; como vuelvas a hacerlo, voy a darte unos azotes.

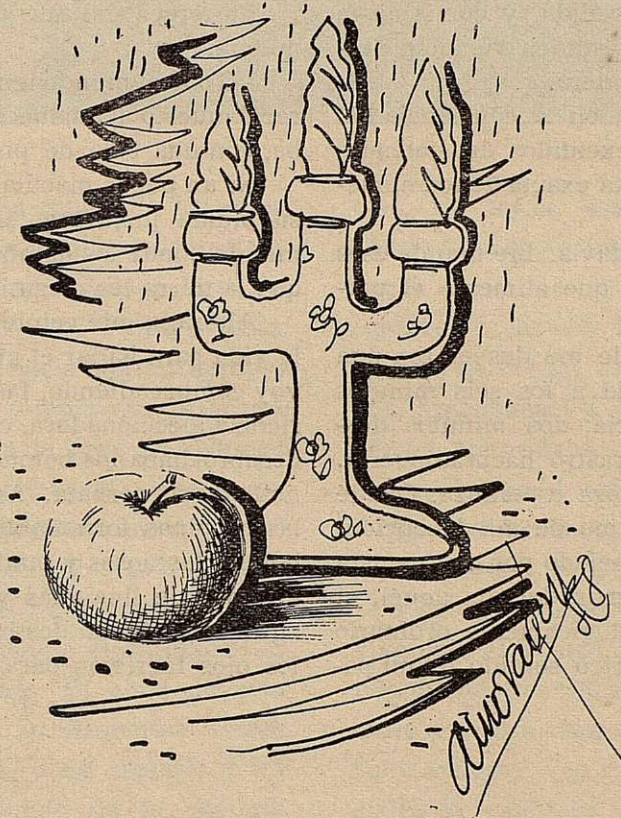
Entonces él me auxiliaba, limpiando la importancia de mis acciones.

—Es tan pequeña —decía, añadiendo:

—...el niño, se distingue del hombre por su astucia infantil; nadie como una criatura triste, sabe adoptar mejor la postura filosófica del pensador —mi familia, a la vez, inclinaba la frente asintiendo. Él continuaba—, es un método, una fórmula de distracción. Déjela por favor en paz, a la pobrecita niña.

Cuando mamá me reprendía yo le amenazaba con decírselo a Oscar, para que sintiera rubor por encararse con una «pobrecita niña». En mí, solía aplacar el furor que papá le despertara al desplazarse los días festivos al café, dejándola todo el tiempo abandonada.

Cuando finalizaba la partida, retirábanse de la mesa con holgura, desentumeciéndose sus organismos en un continuo y negligente sustituir de posturas; de



vez en cuando, se encorvaban hacia adelante para sacudir las cenizas de sus cigarros en el fondo de las copas o tazas semi-vacías de café, entre pláticas sociológicas y literarias. Yo era una infiel intérprete de sus comentarios, aunque siempre tuve el convencimiento de que sus conceptos e ideas revelaban un interés apasionante; una vez dijo:

—La ingenuidad en el niño es una virtud incomparable, pero en el hombre... en el hombre, es una tragedia.

Y absorta en su voz calurosa y fascinante, veía ensombrecerse la frente por los músculos contraídos y los labios abortados de vehemencias imperiosas.

Cuando llegaba la hora de su retorno, me besaba la frente y me decía:

—Gisela, hasta mañana si Dios quiere —me desvivía por hacer amable su despedida, y corría hasta la puerta, donde me quedaba estática viéndole desaparecer por el caracol de la escalera.

Se dan veces en la vida que, en la conciencia del hombre, existen días patéticos excluidos del calendario oficial, donde se marca la ruta exacta de los números sobre la esfera del tiempo.

Aquel mañana lo espero todavía: fué uno de esos días indocumentados de fechas que alimenta el particular almanaque del destino.

Las siete y cinco de la tarde me despertaron una inquietud insinuante, convertida a los seis minutos posteriores en voraz impaciencia; dos minutos después el sonido del timbre me arrastró hacia la puerta, poseída de una loca y angustiada esperanza. Quedé petrificada en el mismo cloroformo de mi decepción; el vendedor de periódicos —manejado por una nefasta coincidencia de depositar a partir del día aquél, el diario en mi domicilio—, era lo lógicamente ordinario para no comprender el excéntrico sentido de mi patológica reacción.

—¿Oscar no viene esta noche? —interrogué a mamá.

—No, parece que no; ya a estas horas... ¿Sabéis vosotros el motivo? —respondió dirigiéndose a abuela y a papá, sin percatarse de mi evidente estado de ánimo.

A las ocho y media ya no le esperaban en casa; su demora suponía en mí una amarga y exclusiva excepción —a algunos seres humanos nos sucede que, al contemplar derrocado un proyecto, no admitimos su consecuencia, nos revelamos ante la verdad que nos corta como una muralla y somos infieles a nosotros mismos, entregándonos a la sedante caricia de un convencionalismo consciente y humano, póstumo recurso de nuestra falsa esperanza—; el más leve ruido se me antojaba su inmediata personificación en la estancia, sometida a mis deseos alucinantes.

Al día siguiente tampoco acudió.

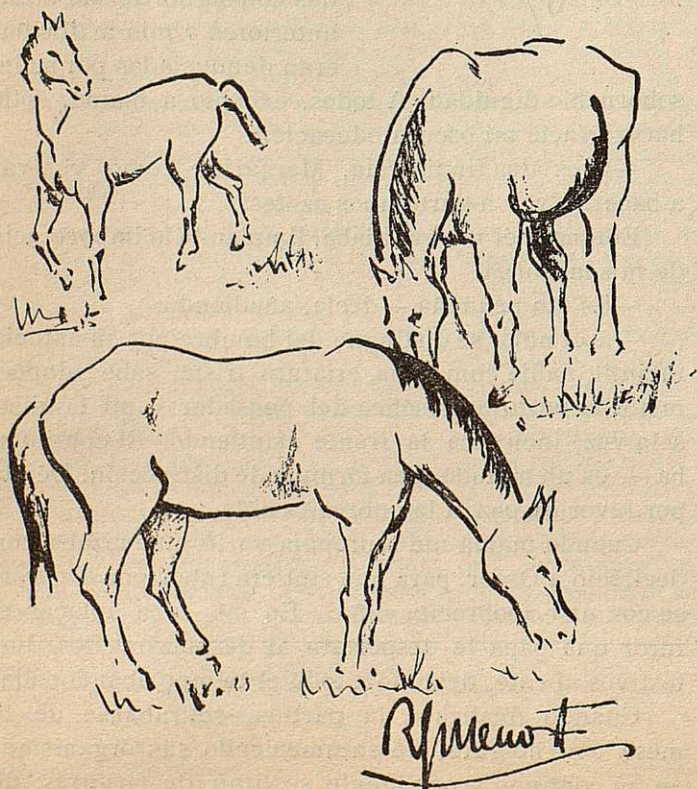
El tercer día fué papá el portador de la trágica noticia.

—Todo el mundo ignora la causa de su suicidio: apareció muerto al amanecer en el hotel donde se hospedaba, con una bala de pistola incrustada en las sienas.

Ni un papel maculado por los audaces perfiles de su pluma justiciera, justificando el pasaporte a un mundo donde los hombres mejores buscan la felicidad que la tierra les niega.

Ahora, a mis veinte años, investigo en las cosas de la vida para hallar el principio del fin, y poco a poco voy comprendiendo, facilitada mi labor por su experiencia aleccionadora, cuando sentada en sus rodillas desabrochaba los botones de su camisa y deshacía el nudo de su corbata. Aristócrata y errante, pienso en las propinas formidables recibidas por empleados de hoteles fastuosos y también en lo fácil que debió serle el amor de linajudas y hermosas mujeres. Si he de agradecer algo al destino, es que aún me quedan en los ojos lágrimas para continuar llorando su muerte.

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ



FEUDO DE DIOS

*Dios te hizo depositario de un mensaje distinto;
vinculó tus palabras a una misión alegre,
o te ordenó el quehacer de quebrar el tallo de las rosas.*

*Iluminó tu frente con llamaradas de relámpago
y puso otros vocablos en tu boca de profeta
para dotar al mundo de riquezas inútiles,
bajo el signo del sueño.*

*Tu sangre aspira a verse entregada a los hombres,
mover las aspas de las almas ajenas
y alimentar un músculo invisible. Tus ojos
ven al niño como un cristal de carne
y a su través, las rosas diferentes.*

*Porque tú llevas algo como un escalofrío;
una niebla de forma y de palabra
que te sitúa siempre en el plano distinto.*

*Dios habla tu lenguaje y tú lo entiendes. Vives
anclado en la bahía de una playa soñada,
la sal amarga, a un lado
y al otro la esperanza de encontrar algún día
la palabra sin nombre y sin peso
que abrirá en puro goce tu corazón de hierba,
compensando el vacío que agujerona tu alma.*

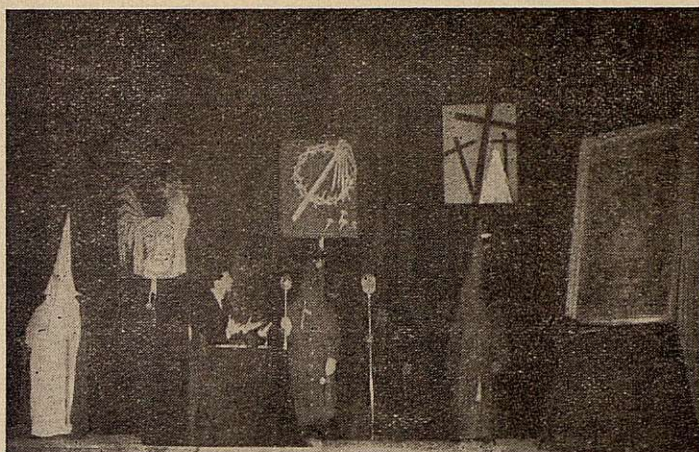
RAFAEL PALMA

UN PASO MAS

Hace varios meses, exactamente el día 19 de Diciembre del año pasado, nació en Talavera de la Reina un movimiento de la juventud hacia los problemas que configuran el valor transcendental y sublime del alma humana. Apareció

en los programas que daban cuenta de los actos con motivo de la Semana Cultural del Excelentísimo Ayuntamiento, el nombre de una Agrupación Juvenil Teatral, «El Candil», que a pesar de estar fraguada desde hacía algún tiempo, era en esa fecha cuando rompía sus primeras armas en un escenario con la obra de Alfonso Sastre, «Escuadra hacia la muerte». Mucho se esperaba de estos jóvenes que crearon su propio ambiente, merced a su capacidad y a su espíritu de sacrificio en aras del arte y la cultura. Y como mucho era lo que se esperaba de ellos, mucho es lo que Talavera ha recibido. El alma de esta Agrupación, su director, D. Francisco Heras Fernández, joven en edad, y en espíritu y en ilusiones, conocedor profundo de la materia teatral, y buen literato por añadidura, fué designado por la Comisión de Cultura del Excelentísimo Ayuntamiento para que verificase el Pregón de la Semana Santa talaverana.

El día 22, Domingo de Ramos, y en el marco del Teatro Coliseum, después de hacerse un oscuro total y sobrecogedor en la sala, apareció en el escenario abierto Francisco Heras. El había titulado su conferencia como «Apuntes para una confesión pública». Y acertó, ya desde el principio, con este título. Presentó un coloquio del conferenciante con la Virgen del Prado, Patrona de Talavera, y comenzó diciéndola que no venía a cantar la belleza de las procesiones o el valor artístico de nuestra imaginerías. «Que era tiempo de acusar y venía a eso: a acusarse y a acusarnos». Y concibió tres historias sacadas de la vida, con sus mismos alicientes, con las mismas desagradables



faltas de caridad y justicia, con sus mismas preocupaciones, a las que dió forma y creó con su imaginación y sus dotes claras de escritor. Enlazó el ejemplo de las historias con los momentos cumbres de la Pasión. Presentó a la Humanidad tal

cual es, sucia, astuta, cobarde, fría en la premeditación, criminal en sus actos. Se acusó y nos acusó, de tal manera, que convencidos y compenetrados con él, dentro del sobrecogedor silencio de la sala, tuvimos miedo de las fechas que pregonaba. Y cerró su «pregón» con los versos terroríficos: «Muere Cristo en la Cruz: —Llorad, gemid hermanos—. Todos en Él pusimos nuestras manos». La ovación fué prolongada, sin voces, sin cnchilleos, sin comentarios.

Francisco Heras es un hombre que nació y vive para el Teatro. Por eso presentó su pregón, totalmente escenificado. La decoración del escenario corrió a cargo de Juanjo Ruiz de Luna, buen amigo y uno de los buenos valores potenciales de la pintura y la escultura españolas. La luminotecnia, montada y diseñada por Emilio Sánchez del Castillo, poseedor actualmente de Mención Honorífica, con diploma y medalla de Honor, en el Certamen Internacional de Inventores de Bruselas. Instalación megafónica, verificada por el Sr. Márquez, joven de pocos años, perteneciente en un tiempo a Radio Juventud, y actual técnico en una casa comercial de nuestra ciudad. El registro de sonido y control musical, lo llevó con acierto Tomás Muñoz, actual sincronizador en Radio Juventud. Y el aliento, el ánimo, el apoyo y el trabajo de instalación, fué obra de los restantes elementos de «El Candil», que desde aquel día han hecho suyo también el triunfo conseguido por su director, en la memorable mañana del Domingo de Ramos.

